

Escritura de lectura: sabiduría y gracia

Noé Jitrik

Fausto. *El infierno más leído*, de Rafael Humberto Moreno-Durán, el notable escritor colombiano fallecido en 2005, es un ejercicio de lectura o, lo que es lo mismo, un viaje “de lectura” a través de una multitud de textos literarios unidos todos, temática y filosóficamente, por el imborrable e incesante mito fáustico¹. Permite, a su vez, una lectura de su propio texto, no en términos de clásicas reseñas, sino como puesta en escena de algunas imágenes, ellas sí clásicas.

Se advierte la fascinación que ejerce sobre el escritor la encorvada figura de un sabio doctor que, amigo de Lutero y de Melanchton, entregó, a fines de la Edad Media, su alma al Diablo para obtener, a cambio, una precaria pero ardorosa juventud. La negociación habría tenido lugar en la Universidad de Wittemberg, en la penumbra de los claustros y las bibliotecas polvorientas, cuyos libros apenas habían surgido de esa otra invención demoníaca, la del ingenioso Gutemberg, que, pactando tal vez con el Diablo, había desafiado las medievales incapacidades de reproducción.

Pero, ¿es sólo Moreno-Durán el fascinado? ¿No es acaso un lugar común el deseo de perduración que nos acecha a todos en la sombra imposable del trato con el Innombrable? El anhelante Doctor Fausto aparece, en esta manera de verlo, alterado por ese descomunal deseo, como una suerte de inventor del inconsciente, ese recipiente en el que el deseo se maximiza hasta la pérdida absoluta del yo.

El libro de Moreno-Durán exhibe sus lecturas, no del mito propiamente dicho, de tanta presencia en la cultura occidental (la búsqueda de la eterna

¹ Moreno-Durán, Rafael Humberto, *Fausto. El infierno más leído*, Bogotá, Panamericana, 2005.

juventud, el Pacto con el Diablo, la inutilidad del saber), sino de sus manifestaciones textuales, a cual más inquietante, y que, como se sabe, son múltiples y siempre vigentes pero diferentes aunque, entre todas, han ayudado a construir el mito: cada texto, o sea cada autor, se inventó su Fausto y lo ubicó en las circunstancias que le eran más propias y actuales. El mito, entonces, al que podemos atribuirle una suerte de predicación de modernidad –la sabiduría en cuestión, el deseo que todo lo perturba, hasta la figura precapitalista del contrato– desborda la figura del Doctor y deviene un interpretante al que apelamos cada vez que el fantasma de lo que ya no podremos hacer se hace ominosamente presente.

Pero, en lo que concierne al propósito de Moreno-Durán, se diría que “Fausto” es sobre todo un núcleo “lector” que le permite ligar los múltiples textos, que ha producido la literatura universal, en particular la europea. Así, desde el primitivo de Marlowe, la *Trágica historia del Doctor Fausto*, pasando por el no tan conocido de Calderón de la Barca, hasta el más notorio de Goethe que, pese a su trascendencia, no bloqueó una infinidad de imaginarios; muchos de ellos, como el *Manfredo*, de Lord Byron; o el *Doktor Faustus*, de Thomas Mann; o el inesperado *Mi Fausto*, de Paul Valéry, son extraordinarios textos, incorporados definitivamente a la literatura universal; se extraña, sin embargo –al fin y al cabo quien esto escribe es argentino– la ausencia del *Fausto* de Estanislao del Campo que, a su manera y en su oportunidad, es igualmente una lectura, tan sabrosa como las que configuran el paradigma de la literatura universal.

Es un recorrido, pues, un viaje a través de los tiempos y los libros que entraña una suerte de ética de la lectura, transformada pero sin perder carácter en un conjunto de regocijantes narraciones cuyo tema es la secular presencia del Diablo que, ser formal, sólo quiere que le cumplan un contrato firmado sin engaños pero que los firmantes tratan mediante toda clase de estratagemas de no cumplir. Lo que significa que quienes dramatizan el dilema fáustico no ven el aspecto picaresco, secundario quizás, a que el intento de fuga da lugar, pero primario en tanto es fecundo en posibilidades literarias.

Así, pues, la propuesta de Moreno-Durán es escribir una lectura que registra el eterno diálogo entre las dos figuras que se disputan invariablemente, el Doctor Fausto y el Diablo, o Demonio, o Lucifer, o Belcebú o Satanás, el cansado ángel caído que fuera el predilecto de Dios. El primero tiene una forma definida, en tanto amasijo de voliciones, de pulsiones no moderadas por su propia sabiduría: objeto predilecto de psicoanálisis; el segundo la tiene caprichosa y variable, ora es un ser lleno de cuernos, ora es una bella mujer, ora es un torvo enviado, ora es apenas una sombra pero siempre, en todo caso, encarna la irracionalidad que llevamos adentro todos los seres humanos y que ni Dios ni los Arcángeles logran disipar o convertir.

En cuanto a Moreno-Durán, un miembro distinguido de la familia de los "litterati" latinoamericanos, conocedor de la literatura universal y enfrentado con sutileza y precisión con tradiciones latinoamericanas, verbalistas y encorsetadas, ha dejado una vasta obra narrativa (su trilogía *Fémica suite* entre otras) y una no menos vasta, de corte ensayístico, sobre obras y tendencias de la literatura colombiana y latinoamericana: *De la barbarie a la imaginación*, es una de sus recopilaciones. Entre ambas líneas, otros libros de corte paródico, sobre personajes femeninos de la literatura, como *El humor de la melancolía o Pandora*, en una línea que, en algún aspecto, guarda un parentesco con la obra de Borges, sin desdeñar la contemporánea estrategia de escritura, paródica por excelencia.

